

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ Y SU NOVELA “LA VUELTA AL MUNDO DE UN NOVELISTA”. UNA VISIÓN ETNOGRÁFICA Y CULTURAL DE BATAVIA (YAKARTA), MACAO Y MANILA

Leoncio CABRERO

SUMARIO: I. *El autor*. II. *La vuelta al mundo de un novelista*. III. *Macao*. IV. *Batavia. La antigua metrópolis javanesa*. V. *Manila*.

Toda la obra literaria de Blasco Ibáñez, sobre todo a la que nos referimos en nuestro trabajo, *La vuelta al mundo de un novelista* está llena de percepción, y captada por los sentidos, que con un lenguaje sencillo, nada retorcido llega al lector, y éste se siente sumergido en las descripciones y vive las mismas emociones que el novelista. Blasco Ibáñez fue uno de los novelistas más cotizados de comienzos del siglo XX percibió sabrosos ingresos por los derechos de autor. En 1925 había vendido 164,000 ejemplares de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; 100,000 de *Barraca* y 80,000 de *La vuelta al mundo de un novelista*. Su éxito como autor arrastró las envidias de sus contemporáneos, sin pararse a analizar y valorar su obra.

La agudeza del autor le llevó a describir con todo pormenor todo cuanto vio y conoció. Blasco naturalista, un impresionista de la pluma y de la palabra, que en nuestra opinión siempre fueron acertadas y oportunas.

I. EL AUTOR

Vicente Ibáñez nació en Valencia en 1867. Estudió derecho, y desde muy joven se sintió atraído por la ideología republicana, siendo un reconocido antimonárquico. En 1884 comenzó a trabajar como colaborador “negro” del autor de folletines históricos, Manuel Fernández y González. En 1891 fundó en Valencia el periódico *el Pueblo*, de contenido republicano, al mismo tiempo que comenzó a escribir *la Historia de la revolución española desde la Guerra de la Independencia hasta la Restauración en Sagunto*.

Persona inquieta, en 1909; se estableció como colono en Argentina donde construyó dos haciendas “Cervantes” y la “Nueva Valencia”. Fueron unos utópicos proyectos de explotación agrícola en los que inicialmente el gobierno argentino puso grandes ilusiones. Los resultados fueron un auténtico fracaso y la ruina económica para el novelista.

De regreso a Europa marchó a París en 1914, y allí escribió *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), obra que fue conocida mundialmente, con gran repercusión en Estados Unidos, novela de la que se han realizado varias versiones cinematográficas. El éxito alcanzado fue motivo de varias invitaciones de diversas ciudades norteamericanas para pronunciar conferencias, siendo nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Washington. De vuelta a España decidió exiliarse voluntariamente en Niza, donde tenía un piso, al no aceptar la Dictadura de Primo de Rivera. En Francia continuó su hostilidad antimonárquica, publicando un folleto titulado *Por España y contra el rey* (1924), y que fue lanzado desde un avión en territorio español, hecho que ocasionó un grave conflicto diplomático.

Podríamos citar más de medio centenar de títulos entre novelas y pequeños trabajos, pero mencionamos nada más los que están relacionados con el Pacífico o con América: *La Argentina y su grandeza*; *en Busca del Gran Kan*; *Oriente en el país del arte*; *la Reina Calafia*; *Cristóbal Colón* y, por supuesto *La vuelta al mundo de un novelista*, obra en la que centramos nuestro trabajo.

II. LA VUELTA AL MUNDO DE UN NOVELISTA

En el primer tercio del siglo XX se puso de moda una nueva forma de viajar de las clases sociales adineradas: la de atravesar los océanos Atlántico y Pacífico en barcos de lujo. Blasco Ibáñez con una buena situación económica dio la vuelta al mundo a bordo del *Franconia*, en 1923.

El afán de conocimiento de nuevas personas, de nuevos pueblos, cuenta con nombres importantes en la literatura universal, entre estos Blasco Ibáñez que captó con gran realismo todo cuanto vio. Para nuestro trabajo hemos seleccionado las descripciones que nos ha dejado en la novela-literatura impresionista sobre el sudeste asiático, y hemos centrado el artículo en tres zonas geográficas controladas y colonizadas por tres potencias europeas: Portugal, Holanda y España. Tres naciones con distintos modos de actuación en las lejanas tierras de ultramar. Blasco Ibáñez se documentó con gran rigor de todas la tierras que iba a recorrer y conocer, y antes de re-

dactar la obra —a la que consideramos no una novela sino un libro de relatos— consultó y leyó obras de autores diversos, con la finalidad de tener una completa información. Blasco tenía una amplísima cultura universal.

III. MACAO

El *Franconia* abandonó Hong Kong y se dirigió hacia Macao. “La ciudad aparece lentamente, tiene un aspecto multicolor, y es una ciudad de mezcla, con población oriental, y al mismo tiempo tiene el empaque de una ciudad que quería tener aires europeos”. En 1923 —año del viaje— los edificios, en su mayoría, eran de albañilería y no de madera. Eran viviendas con planta baja y un piso superior, con arcadas y galerías cubiertas, por encima de los tejados sobresalían los campanarios de las iglesias y conventos.

Macao fue denominada primitivamente *Ciudad del Santo Nombre de Dios*, en China; posteriormente fue sustituido por el portugués *Macau*. El puerto viejo de la ciudad tenía más sabor oriental que el resto de la ciudad. En el puerto aparecían anclados juncos de tamaño diverso y embarcaciones que recordaban pequeños galeones “estas lucían en sus proas figuras de dragones enroscados, de color dorado. El velamen de sus arboladuras la formaban esteras confeccionadas con bambú. A babor y estribor portaban varias piezas de artillería, eran pequeños cañones pero de gran calibre; eran piezas antiguas que se cargaban por la boca”.

La marinería que deambulaba por las embarcaciones o que transitaba por los muelles tenía aspecto curioso. Eran auténticos atletas amarillos, que llevaban desnuda la parte superior del cuerpo, de sus cabezas colgaban unas largas trenzas que cruzaban verticalmente sus espaldas sudorosas. De muchas de las embarcaciones salían delgadas columnitas de humo perfumado, procedían de perfumes que se quemaban ante un pequeño altar dedicado a la diosa de las aguas. Ante el ídolo se consumían diminutas varillas de sándalo.

Las proas de las embarcaciones tenían a ambos lados unos orificios redondos, pintados, que imitaban ojos. Para la ignorante gente de la mar esos ojos eran necesarios, y que Blanco describe: “eran los ojos vigilantes que permitían un buen viaje. No se arriesgaban a iniciar su andadura en embarcaciones que no tuvieran ojos, interpretaban que durante la noche, cuando ellos dormían, la embarcación esquivaba arrecifes y escollos, sin que nadie la gobernase”.

Blasco Ibáñez se refiere a los orígenes históricos, y para ello se remonta al siglo XVI cuando los chinos concedieron a los portugueses una

pequeña franja de tierra, de pocos kilómetros. Esa cesión se hizo como reconocimiento y recompensa a los portugueses por haber auxiliado con sus navíos a las autoridades de Cantón, ante los ataques piráticos que pretendían apoderarse de la ciudad. En varias ocasiones los holandeses intentaron ocupar Macao, pero fueron rechazados por los portugueses. Ya en el siglo XIX la guarnición portuguesa mantuvo varios combates para frenar a los chinos, que pretendían recuperar la península.

En 1923 era gobernador de Macao el doctor Rodrigo Rodríguez, médico de profesión, republicano reconocido, antimonárquico, y que al gobernar una República en Portugal se vio obligado y comprometido a colaborar con el nuevo gobierno lusitano. Todavía a comienzos del siglo XX, la ciudad conservaba una mezcla de edificios chinos y caserones portugueses del siglo XVII. De la antigua catedral de San Pablo se conservaba todavía una primitiva fachada en piedra, y también quedaban restos del convento anexo, fundado por los jesuitas, y que antes de la expulsión lo utilizaron como lugar de descanso antes de iniciar su viaje misional hacia el interior de china.

El paisaje de Macao queda encuadrado con el fondo de una cordillera, las montañas de Katay. En medio de un gran jardín, mimado con sumo cuidado, se encontraba una gruta, era en la que se refugiaba Luis de Camoens, el autor de *Os Lusíadas*, en los años de destierro apartado de la Metrópoli. La gruta era un gran corredor enmarcado por grandes piedras, al final se encontraba un busto de Camoens. Los arriates de flores y las arboledas estaban mezcladas dando una sensación de tranquilidad y melancolía en las que se mezclaban el sosiego de las huertas chinas y la majestuosidad de los jardines portugueses. En el jardín había varias representaciones de mandarines, que tenían una peculiaridad. Las cabezas y las manos eran de loza y el resto del cuerpo eran arbustos que se habían ido podando hasta conseguir darles forma de cuerpo humano, auténtico trabajo de expertos jardineros. Las rocas estaban cubiertas con diversas lápidas en las que estaban grabados fragmentos de *Os Lusíadas*. Blasco define a Camoens como el “hidalgo portugués, tuerto en la guerra, soldado heroico como el manco de Lepanto, desterrado de Goa a uno de los lugares más lejanos de la monarquía Lusitana”.

Para el novelista, Macao, al igual que el resto de las ciudades orientales, no se caracterizaba por ser un lugar de costumbres castas y virtuosas, sino de vida activa un tanto disipada. Pero la diferencia entre Macao y el resto de las ciudades orientales era que tanto el juego como las diversio-

nes estaban reglamentados y controlados, contando para ello con una vigilancia policial, que velaba por el mantenimiento del orden. En Macao, en 1923, se satisfacía un impuesto público, fervientemente administrado, y que se invertía en el mantenimiento de obras públicas y en nuevas construcciones. En Macao el gran vicio era el juego, que era libre, Macao era conocido como el “Montecarlo de Extremo Oriente”.

El juego favorito de los chinos era el *fantan*. Blasco Ibáñez, al igual que cualquier turista, sintió curiosidad y visitó una casa de juego “todas tienen en ellas anuncios luminosos y rótulos chinoscos, con grandes bandas de tela colgante, también se ven en las mismas calles, fumadores de opio con las lamparillas de luz fúnebre”.

Es curioso el retrato que el novelista hace de las mujeres que participaban en el juego. Eran mujeres chinas que gozaban de plena libertad, vestidas con pantalones y blusas de rica seda azul.

Llevaban un flequillo de pelo, y en el pecho y muñecas lucían distintas piezas de joyería barata con muchas incrustaciones de pedrería. Fumaban sin parar, encendiendo un cigarrillo tras otro, dejando en el ambiente un perfume de opio. Cuando reían lo hacían con gran fuerza, con cierta insolencia. Todas juegan sumas considerables, manejando el dinero con inconsciencia. Las más de ellas son *cocotas* nacionales residentes en Hong Kong y Cantón y han venido a Macao para jugar al *fantan* con permiso de los opulentos comerciantes que las mantienen.

La mesa de juego la presidía un hombre que por su aspecto representaba bastante edad; tenía una larga barba lacia y de color blanco. Con gran lentitud y ceremonia iba coordinando la marcha del juego. A su lado tenía un gran montón de *sapeques*, que eran una piezas metálicas con un orificio en el centro. El juego consistía en tomar con las manos un puñado de *sapeques*, y que se cubrían con un recipiente de hojalata. Una vez que se habían hecho todas las apuestas, se descubrían las piezas, y el anciano, con una larga varilla, para que no hubiera sospecha de trampa, las iba separando formando grupos de cuatro piezas, al final quedaban unas piezas sueltas, una, dos o tres, números a los que arriesgaban su dinero los jugadores.

En esas partidas empleaban bastante tiempo. Los establecimientos donde se jugaba al *fantan* estaban abiertos día y noche. Algunos jugadores, a pesar de la larga permanencia mostraban una gran destreza visual. Blasco aclara que “en cuanto el encargado dejaba al descubierto el montón

de *sapeques* mentalmente hacían los grupos de cuatro piezas y averiguaban las sobrantes”.

Quizá, a Blasco uno de los aspectos urbanos de Macao que más le llamó la atención fue la rua de la *Felicidade*.

Esta calle de la Felicidad resulta semejante por su tráfico a las que existen en todos los puertos de mar, pero aquí ofrece el interés de ser únicamente chinos los que frecuentan empujados por el acuciamiento de la lascivia. Se compone de casas estrechas, cuyo piso bajo ocupa enteramente la puerta. A través de su abertura se ve una especie de zaguán con el arranque de la escayola que conduce a las habitaciones superiores y algunos asientos chinos están ocupados por las dueñas y los amigos. Son mujeronas de cabeza voluminosa, miembros delgados y grueso tronco, con una nariz tan aplastada que apenas se resulta visible cuando sitúan de perfil su ancho rostro, amarillo como la cera. Estas hembras maduras retiradas de las peleas sexuales, fuman gruesos cigarros mientras conversan lentamente, otras se peinan entre ellas a la luz de una lámpara, colocada entre sus ídolos predilectos. Las pensionistas de dichas casas juegan en medio de la calle. Algunas se acercan a nosotros después de colocarse ante el menudo rostro una careta de gusto monstruoso, una máscara espantable de dragón o de genio, como únicamente saben imaginarlos los artistas chinos y las pobrecitas rugen para infundirnos pavor, riendo a continuación de su travesura.

IV. BATAVIA. LA ANTIGUA METRÓPOLIS JAVANESA

El país de las “especies”, denomina el novelista a la isla de Java. Batavia (actual Yakarta) en 1923 estaba a varias millas del mar. Un canal navegable había permitido en épocas anteriores llegar a las barcas hasta las proximidades de los almacenes. Funcionaba un moderno puerto, el de Tondjona Priok. Por el canal sólo navegaban *sampanes* del país y lanchones arrastrados por remolcadores.

La erudición del novelista, la acumulación de datos históricos obtenidos de sus lecturas le permitieron redactar un pormenorizado relato del pasado. Aporta el dato histórico de cómo en 1600, al igual que en Sumatra y las Molucas, los reyezuelos indígenas, desorientados y molestos con la conducta de los portugueses, se aliaron con los holandeses y su ayuda fue decisiva para la ocupación. Pero al poco tiempo se convencieron que los nuevos dominadores eran peores que los anteriores.

Analiza el periodo cronológico 1602-1860, caracterizado por el monopolio de la Compañía Neerlandesa de las Indias:

Todos los defectos probados o problemáticos de la colonización española en América pierden importancia si se les compara con la dureza explotadora de la célebre Compañía”. El gobernador enviado desde la metrópoli actuaba con absoluto poder. “En la calle solamente se dejaba ver desde su carroza dorada tirada por seis caballos y escoltado por varios oficiales. Delante del carruaje, con varios soldados, portando mazas de plata con las que se golpeaban a los viandantes que no se detuviesen al paso en la carroza y no saludasen haciendo una marcada inclinación. Los criollos ricos y los peninsulares que iban en carruaje debían detenerse, echar pie a tierra, y si iban acompañados de su mujer e hijos, éstos tenían que hacer lo mismo, sumándose al resto de los transeúntes.

El gobernador contaba con el asesoramiento de un Consejo compuesto por dieciséis ministros, denominados *edelheers*, “consejeros de Indias”; algunos gobernaban en provincias, pero todos ellos residían en Batavia. Para sus traslados utilizaban carrozas doradas tiradas por cuatro caballos. Cuando un carruaje se cruzaba con ellos, sus ocupantes tenían que ponerse de pie en señal de saludo.

La Compañía de las Indias estaba organizada como una oficina mercantil. Los oficiales del ejército, todos holandeses, dependían de los funcionarios civiles. Existía una graduación en el escalafón de la Compañía. Los más modestos se llamaban *asistentes*, y al ascender obtenían el título de *tenedor de libros*, y así, *submarchante*, *marchante*, *gran marchante* y *gobernador*. Los distintos grados civiles tenían sus correspondientes uniformes y gozaban de honores militares. El grado de *gran marchante* estaba asimilado al de teniente coronel; *submarchante*, equivalía a capitán y *tenedor de libros* a teniente. En todos los puestos de la administración comercial los funcionarios recibían gratificaciones anuales ocultas, que representaban veinte veces más que los sueldos oficiales. Hubo años que los accionistas de la Compañía recibían un 60% de beneficios. El principal negocio eran las especias.

En 1923 Batavia seguía conservando el sabor de siglos pasados. Al entrar en la vieja ciudad se pasaba bajo un arco triunfal levantado en el siglo XVIII con dinero de la Compañía. Su estructura arquitectónica era de mampostería blanca con hornacinas en las que estaban colocadas varias esculturas simbólicas, pintadas de negro. Al lado de ese monumento, de aspecto funerario, se conservaba un elemento tradicional, admirado y querido por el pueblo javanés. Aquel elemento popular, nos describe Blasco;

...era un cañón de bronce, verdoso por el paso de los años, situado en medio de un prado de flores de papel, flores que eran ofrecidas por devotos de dicho ídolo. Un sinfín de indígenas vendían varillas de sándalo, que las mujeres compran y queman con los ojos puestos en un cilindro, donde se consumía el sándalo. La tradición femenina, heredada de siglos, creía que si la mujer casada, deseosa de tener hijos, se sentaba sobre el cañón y ofrecía flores y perfumes adquiriría un extraño poder y quedaba preñada.

Al borde del canal más ancho se extendía una fila de casas de dos pisos, con sus fachadas en estado ruinoso, con galerías cubiertas y adornadas las fachadas con columnatas rematadas con elementos arquitectónicos del siglo XVIII. Los descendientes de los primitivos propietarios no vivían en ellos, se habían trasladado a un lugar más residencial, a Westvreden, y las tenían alquiladas a comerciantes humildes.

El novelista describe el ambiente urbano de Batavia:

Los chinos forman la mayoría del vecindario de Batavia y todo el movimiento nocturno se encuentra en las calles tortuosas, cuyas fachadas tienen celosías con dragones de oro, de cuyas ventanas penden rótulos sobre telas ondulantes. Después del regimiento constructivo de Batavia, que aglomeró sus casas como todas las ciudades antiguas sorprende la extensión inaudita de Westvreden.

En la ciudad de Westvreden existía una gran plaza, denominada “plaza del rey”, que tenía un kilómetro cuadrado. Todo el espacio era un verde prado, donde galopaban soldados domando y adiestrando a sus caballos. Llamaron la atención del novelista las casas:

Las viviendas elegantes de Westvreden ofrecen una particularidad que aún parece hacerlas más inestables. Todas ellas carecen de fachadas, únicamente las piezas interiores que sirven para dormir tienen tabiques y puertas. El techo está sostenido en su parte delantera por ligeras columnas y el corredor, el gran salón para recibir visitas, el gabinete donde la familia lee se hallan al descubierto a la vista del que pasa. Los árboles del jardín sirven de movable cortina.

A un extremo de Westvreden se había ido formando durante el siglo XIX la tercera ciudad, llamada Micer Cornelius. Micer Cornelius fue un personaje holandés que defendió heroicamente a su patria cuando los ingleses desembarcaron en Java, ocupando la isla. La documentada información histórica de Blasco una vez más aflora en su obra:

Esto ocurrió en la época de Napoleón. Como el emperador francés se anexionó a Holanda, acabando por dar la Corona de este país a uno de sus hermanos, el gobernador inglés Raffles, fundador de Singapore, organizó una expedición desde dicha colonia, apoderándose de todas las Indias holandesas, y Java no fue devuelta a sus antiguos poseedores hasta 1816.

Al principio, Micer Cornelius fue una barriada indígena a la que acudían los javaneses los días festivos, posteriormente se convirtió en una auténtica ciudad-jardín, de gran belleza.

No podía faltar en la observación perceptiva del novelista la admiración por la belleza de la mujer javanesa y la delicadeza con que lucían las telas pintadas con toda variedad de colores con la técnica del *batik o baticado*, contrastando con los ropajes usados por la mujer china, de color azul.

A Blasco le llamó la atención el baño público.

A ciertas horas del día, en los canales de las calles más importantes, que son de cierta profundidad, se ven numerosos grupos de mujeres descendiendo con lentitud las escaleras de piedra para meterse en el agua, sin más ropaje que una de esas telas asiáticas, extremadamente sutiles, que tienen además el tono rosa de la carne. Tal baño en la calle no llama la atención de ningún habitante blanco en la ciudad. Lo ven todos los días. Además tiene por base un motivo religioso, respetado por las autoridades, como son musulmanas hacen sus abluciones en el canal.

Pero no todo fue para Blasco exaltación de la belleza femenina, sino repugnancia ante la costumbre tanto en hombre como de la mujer de masticar *betel*, “materia que desfigura sus bocas y les hace escupir una saliva del mismo color que la sangre. En la calle se encuentran preparadores de esta materia, que tanto repugna a los europeos”.

En la calle había vendedores de comidas preparadas, “destacaba por su alto consumo un preparado de arroz guisado con *cary* (curry), y que lo entregaban envuelto en hojas de plataneras, que servían a manera de plato. Pero no todas las gentes soportaban este guiso por el excitante picante utilizado, que ponía los paladares al rojo vivo”.

Entre los recorridos turísticos obligados en Batavia estaba la visita a una lápida dedicada a Erberfelds, que para los holandeses del siglo XVIII fue un traidor. La lápida era una pieza vertical refundida en un muro, con una inscripción en holandés y en javanés “para perpetuar el nombre execrable del traidor Pieter Erberfelds, queda prohibido para siempre construir o plantar en este sitio. Batavia 14 de abril de 1722”.

Blasco aportó datos sobre el personaje. Erberfelds fue un mestizo rico, hijo de un colono alemán y de una javanesa que intentó, en el siglo XVIII, una revolución para expulsar a los holandeses. Él y 14 javaneses fueron condenados a muerte. Pero Erberfelds y el javanés Cotadia, considerado también cabecilla, antes de la muerte sufrieron una tortura cruenta, y de algún manual de historia o de algún documento retuvo los datos el novelista:

Serán extendidos y atados cada uno sobre una cruz y se les cortará la mano derecha. Luego serán atenazados en los brazos y las piernas y los pechos, de modo que las tenazas ardientes se lleven pedazos de su carne. Después se les abrirá el vientre y el pecho de abajo arriba, se les arrancará el corazón y se les echará al rostro. La cabeza cortada puesta sobre una estaca y el cuerpo hecho cuartas, quedarán expuestas fuera de la ciudad, para que sean comidas por las aves de presa. Encima de la lápida que execra la memoria del traidor hay una cabeza de yeso, atravesada por un largo clavo o hierro de lanza. Algunos dicen que dentro del yeso está el verdadero cráneo.

El *españolismo* del novelista aflora a su pluma y se refiere al pasado hispánico: “y pensar que fue la vieja Holanda protestante donde se imprimieron y escribieron la mayor parte de los libros, algunas veces fantásticos, sobre las crueldades de los españoles en América”.

No pudo escapar a la percepción de Blasco Ibáñez la naturaleza, el paisaje, la vegetación, etcétera, entendiendo que los naturales denominaran a Java Isla del Paraíso:

...tienen los caminos un color rojo oscuro de sangre coagulada. Ríos y arroyos donde un rojo más brillante y claro, igual al de la sangre fresca. Estos colores ardientes con el verde temblón de las plantas de arroz, ese verde charolado de las plataneras y otros árboles frutales en torno a las viviendas, y el verde amarillento con reflejos metálicos de los matorrales y palmeras que cubren los terrenos sin cultivar... alcanzan los bambúes proporciones colosales. Las chozas están siempre al amparo de un grupo de estas cañas que se remontan majestuosas en el espacio. Frente a cada puerta se alza un mástil que parece destinado a sostener una bandera; pero lo que izan en su parte más alta es una jaula con uno o varios pájaros.

V. MANILA

De su estancia en Filipinas, Blasco lo único que conoció fue la capital, Manila. Según se iba aproximando el *Franconia*, contempló Cavite y las

murallas de Manila. Le llamó la atención la limpieza de la ciudad. Para el novelista en 1923, tenía el señorío y empaque de una gran ciudad. Las iglesias y el recinto amurallado le maravillaron, incluso las viviendas humildes, construidas con techumbres vegetales, levantadas en los suburbios que estaban alineados con simetría y daban una armonía urbana al ambiente, donde las casas y las calles tenían limpieza.

Describe los ropajes usados por los nativos:

Las mujeres llevan el traje nacional que sorprende por su gracia y distinción a los viajeros de gusto más refinado. Todas llevan una falda de cola larga como si fuesen a entrar en un baile. Sobre esta falda de seda que es de diversos colores, llevan todas ellas un corpiño hecho de encajes filipinos. La gorguera del escote y unas puntas sobre los hombros parecen de lejos los extremos de unas alas plegadas dando a las filipinas cierto aspecto de mariposas, como si fueran a abrir de pronto unos brazos voladores sobre el suelo.

Si al novelista le llamó la atención los ropajes femeninos no menos interés le causó la elegancia de los varones. Su observación le lleva incluso a percatarse de que a pesar del excesivo calor, y por tanto un abundante sudor, jamás mostraban una leve mancha en sus ropas, esto se debía a que se cambiaban varias veces al día. Al aspecto limpio de la ciudad, a la elegancia de sus habitantes, se sumaba la variedad y policromía de la flora:

Atravesamos un jardín con unos arbustos grandes, con árboles y flores enormes, de un rojo mágico. Algunos pasos más allá empiezo a ver tumbas entre esta vegetación maravillosa y me entero de que marchamos por un cementerio. Creo que en ninguna parte de la tierra la fealdad de la muerte ha logrado ocultarse bajo una envoltura tan seductora.

No podemos olvidar la simpatía de Blasco Ibáñez por los Estados Unidos, donde recibió varios homenajes. Esa simpatía por todo lo estadounidense se aprecia cuando escribe sobre la enseñanza y los métodos pedagógicos empleados en el archipiélago.

De todo cuanto me muestran en Manila lo más extraordinario son las escuelas. Yo he viajado por la mayor parte de los Estados Unidos y conozco el desarrollo de su enseñanza pública. Por eso puedo afirmar que las escuelas de Filipinas son superiores a las de muchos estados de la gran República. Hay que añadir que su profesorado, tanto masculino como femenino, está compuesto de hijos del archipiélago. Pude conversar en varias escuelas con maestros y maestras. Ellos son unos *gentlemen* pulcramente

vestidos con el traje de ceremonia del país, *smoking* blanco y corbata negra. Ellas llevan la falda de seda y el corpiño de gasa, pues por nacionalismo consideran oportuno dar sus lecciones vistiendo a la filipina. Todos revelan en sus conversaciones una gran cultura, un continuo estudio, su ansia insaciable de saber. Esto último y lo que caracteriza a los filipinos modernos. Maestros y discípulos desean siempre saber más.

La simpatía de Blasco por todo lo estadounidense no es obstáculo para mostrar su admiración por el pasado español, y una vez más su sentimiento hispánico aflora cuando evoca a los tres siglos de presencia española en el archipiélago.

Sería enorme injusticia negar u olvidar que España durante su época colonial, ilustró a este país, como podía hacerse entonces. Tres siglos de civilización española han quedado para siempre en la historia de Filipinas, con las torpezas y errores propios de otros tiempos, pero igualmente con todos sus adelantos espirituales. Ellos enseñaron a leer a los mismos indígenas. Las autoridades enviadas por la metrópoli lejana fueron estableciendo aquí todos sus progresos del resto del mundo, teniendo que luchar para ello con las distancias, cuando aún existía intacta la muralla arenosa del istmo de Suez.

A pesar de sus avatares políticos, y que motivaron que muriera fuera de España, lejos de su Valencia natal, ese entusiasmo por lo español le obligó a hacer un análisis paralelo de la política empleada por España tanto en Filipinas como en Hispanoamérica.

España puso los cimientos de la cultura y realizó la tarea más dura, después llegaron los pueblos modernos y se aprovecharon de lo ya hecho y triunfaron al encontrarse con la sólida y ruda obra sin terminar, se encargaron de los adornos de su fachada, columnas, capiteles, cornisas, todo lo que supone refinamiento y ofrece la admiración frívola del curioso, pero las paredes maestras, los fundamentos ocultos bajo el suelo son obra del albañil que sudó y se esforzó más que nadie, para ver finalmente su trabajo olvidado y menospreciado.

El viaje de 1923 coincidió en Manila con una gran efervescencia política. La agitación venía arrastrándose desde 1902, cuando el general Malvar, siguiendo instrucciones de Aguinaldo, se rindió incondicionalmente a los estadounidenses. Pero Blasco intuyó que esa intranquilidad política se iba a prolongar por muchos años, y no se equivocó, captó que la au-

téntica independencia del pueblo filipino estaba aún muy lejos, hasta 1946, año en que Norteamérica reconoció la independencia al pueblo filipino.

Se sublevó el pueblo filipino contra la dominación española considerando, como todas las repúblicas hoy florecientes de América, que era ya bastante crecido para marchar por sí sólo. Procedió como los hijos que por ley natural abandonan la casa paterna, cuando los acorazados de los Estados Unidos desembarcaron sus tropas en Cavite existían una República Filipina y un ejército. Los Estados Unidos les ayudaron en la guerra contra la monarquía española y todavía no han abandonado el país.

Y el novelista saca a colación las frases de un discurso pronunciado por el político filipino Manuel Quezón: “no importa que sea suave el yugo de un poder extranjero; no importa que pese ligeramente sobre los hombres sino está impuesto por su voz a su propia nación, el hombre no quiere, no puede ni cree ser feliz bajo tal peso”.

La estancia de Blasco en Manila le permitió apreciar el ambiente, no solamente entre los intelectuales, sino también en el hombre sencillo de la calle, ambiente movido por un pacífico deseo de independencia. Comparó la postura de los estadounidenses, y el deseo de los filipinos como una carrera de jinetes. De hecho, Manuel Quezón, que sería el presidente de la Mancomunidad Filipina, había comenzado el año 1934, al trasladarse a Estados Unidos, a mover todos los resortes de diálogo en el Congreso de Washington. El 15 de noviembre de 1935 tuvo lugar la solemne ceremonia del establecimiento de la Mancomunidad. Entre los invitados estaban el vicepresidente de los Estados Unidos, John Nance Garner, el presidente de la Cámara de Representantes del Congreso norteamericano, Joseph W. Byrds, Francis B. Harrison y el general Douglas MacArthur, comandante del ejército de los Estados Unidos, destacado en Filipinas. El gobernador general Murphy leyó el documento presidencial firmado por Franklin D. Roosevelt, en el que se ordenaba el establecimiento de la Mancomunidad de Filipinas. Terminado el acto, el presidente Quezón, con su familia, se trasladó al palacio de Malacañan a tomar posesión de la residencia oficial.

Fue el primer paso de la definitiva independencia que reconocieron los estadounidenses el 4 de julio de 1946, siendo Manuel A. Roxas el primer presidente de la República de Filipinas.